

mentas de nieve, ayudó á la rotura del cordaje; sus efluvios rompían las cuerdas tanto como el viento. Varias cadenas salidas de sus sitios ya no podían maniobrar. Una ola se llevó la brújula con su receptáculo. Otra ola se llevó la canoa atada á la percha del bauprés, y otra la Virgen de proa y la jaula del fuego. Únicamente quedaba el timón.

Suplieron al fanal perdido con una gruesa granada llena de estopa flamígera y con alquitrán encendido, que colgaron del estrave.

El mástil, partido en dos y erizado de astillas, de cuerdas, de vergas y de garruchas, embarazaba el puente; al caer destruyó un pedazo del muro de estribor.

El patrón gritaba:

—Mientras podamos manejar el timón no hay que perder la esperanza. Aun se mantiene el buque. ¡Sacad las hachas y echad al mar el mástil! Desembarazad el puente.

La tripulación y los pasajeros sentían la fiebre de las batallas supremas; obedecer al patrón fué obra de un instante. Se arrojó el mástil y desembarazaron el puente.

—Ahora—gritó el patrón,—tomad una driza y amarradme al timón.

Así lo hicieron. Mientras le ataban se reía y gritaba, dirigiéndose al mar:

—Muge, vieja; brama, vieja, que yo he visto peores que tú en el cabo Machichaco.

Cuando estuvo amarrado, empuñó el timón con las dos manos con la extraña alegría que da el peligro.

—¡Ya está todo bien, camaradas! ¡Viva la Virgen nuestra patrona! ¡Vámonos hacia el Oeste!

Una ola colosal, corriendo de través, llegó y cayó sobre la urca. Hay siempre en las tempestades una especie de ola-tigre, feroz y definitiva, que llega en un momento dado, se arrastra durante algún tiempo sobre el mar; después salta, ruge y trepa, se desploma sobre el angustiado navío y lo desmembra. Un río de espuma cubrió toda la popa de la *Matutina* y oyóse una dislocación mezclada de agua y de noche. Cuando la espuma se disipó, cuando reapareció su parte de detrás, no había ya en ella ni patrón ni timón. A los dos había arrancado la ola. El hombre y la barra á que estaba atado desaparecieron con la espuma.

El jefe de la partida, encarándose con la tormenta, la apostrofó así:

—¿Te burlas de nosotros?

A ese grito de rebelión sucedió otro grito:

—¡Echemos el áncora! ¡Salvemos al patrón!

Corrieron al cabrestante y mojaron el áncora, pero esto contribuyó á perderla. El fondo del mar era de roca viva, el oleaje furioso, y el cable se rompió como si fuese un cabello.

El áncora perdióse en el fondo del mar.

Del tajamar ya sólo quedó el ángel mirando con el anteojo.

Desde este instante la urca sólo fué una cosa perdida.

La *Matutina* estaba irremediamente desamparada. Este navío, hace poco alado, casi terrible en su carrera, era ahora ya impotente. No podía hacer maniobra alguna completa. Obedecía pasivamente á las furias caprichosas de la flotación.

El bramido del viento era cada vez más monstruoso en el espacio: la tempestad tiene pulmones espantosos y añade incesantemente lúgubres agravaciones á la noche, que carece de matices. La campana del medio del mar sonaba desesperadamente, como si la sacudiese una mano feroz.

La *Matutina* andaba á capricho de las olas; no bogaba ya, sobrenadaba, y parecía que á cada instante iba á volver el vientre á flor de agua como un pez muerto. La salvaba de esta perdición la perfecta solidez de su casco: ni una plancha se había soltado durante su penosa flotación; no tenía ni hendiduras, ni grietas, y no había penetrado en la cala una sola gota de agua. Afortunadamente, porque una de sus averías alcanzó á la popa y la dejó inútil para el servicio.

La urca danzaba horriblemente en las agonías de las olas. Su puente tenía las convulsiones del diafragma que desea vomitar; parecía que hacía esfuerzos para arrojar á los náufragos. Ellos se cogían con las uñas á las manos de obra dormidas, á los cables, al codaste, á las roturas del cordaje, cuyos clavos les desgarraban las manos, y á todos los miserables relieves que ocasionó el destrozo del buque. De vez en cuando se ponían á oír. El sonido de la campana se iba amortiguando; hubiérase dicho que estaba agonizando; su voz era un estertor intermitente, y luego se apagaba.

¿Dónde se hallaban los náufragos? ¿A qué distancia estaban de la boya? Les espantó el sonido de la campana, pero su silencio les aterrorizaba. El Noroeste les ha-

ría perder el camino, quizá irreparable: eran arrastrados por un viento frenético que acababa de desencadenarse. El resto del navío corría envuelto en tinieblas. Nada tan espantoso como la velocidad ciega: los náufragos veían el precipicio delante, encima y debajo de ellos. La urca no hacía una carrera, sino una caída.

Repentinamente, en medio del enorme tumulto de la nieve, apareció un resplandor rojo.

—¡Un faro!—prorrumpieron con alegría los náufragos.

X

LA TEMPESTAD ES LA GRAN SALVAJE

Entre tanto el patrón asió la bocina y gritó:

—¡De prisa, marineros! ¡Quitad las escotas, tirad por los cabos las calas, bajad las velas, giremos al Oeste, volvamos á ganar la alta mar! ¡Enfilemos la proa hacia la boya, hacia la campana! ¡No hay que desesperar todavía!...

—Probad—contestó el doctor afirmando.

Digamos de paso que dicha boya sonora, que era una especie de campanario del mar, suprimióse en 1802. Tres viejísimos navegantes se acuerdan aún de haberla oído. Advertía, pero demasiado tarde.

Obedecieron inmediatamente el mandato del patrón. El hijo del Languedoc trabajó como tercer marinero, y los demás les ayudaron. Se hizo más que encoger las velas, afianzaronse todos los aferravelas, se amarraron los apagapueños, se aseguró el mástil, clavetearon los manteletes de las portañolas, lo que en cierto modo es amurallar el navío. La maniobra, aunque ejecutada de prisa, fué correcta, pero á medida que la urca se preparaba para lo que dijo el patrón, la furia y el desconcierto del viento y del agua la combatían más. La altura de las olas alcanzaba casi la dimensión polar.

El huracán, semejante á un verdugo que tiene prisa, se puso á descuartizar al navío. En un abrir y cerrar de ojos acometió á la urca con fuerza espantosa. Las gavias se hicieron pedazos, los tabloncillos que cubren las escotillas arrasados, los obenques saqueados, el mástil roto, y todo el material arrancado en el desastre voló hecho astillas. Cedieron los gruesos cables.

La tensión magnética, propia de las tor-

X

LOS CASQUETS

Era efectivamente la Light-Housse de los Casquets.

Un faro en el siglo diez y nueve es un elevado cilindro conoide de masonería, que remata en una máquina de alumbrado, enteramente científica. El faro de los Casquets, en particular, es en la actualidad una triple torre blanca, compuesta de tres castillos de luz. Dichas tres casetas de fuego evolucionan afianzadas sobre ruedas de relojería, con tal precisión, que el vigilante que desde lejos las observa da invariablemente diez pasos en el puente del navío durante su irradiación y veinticinco durante su eclipse. Todo está calculado en el plan focal y en la rotación del tambor octógono, formado por lentes cuadrados, sencillos y escalonados, y que tienen por encima y por debajo dos series de anillos dióptricos; engranaje algebraico, garantido de los golpes de viento y de los golpes de mar por vidrios cuyo espesor es de un milímetro, que rompen, sin embargo, las águilas marítimas que sobre ellos se arrojan, mariposas nocturnas de esas linternas gigantes. La construcción que encierra, sostiene y sirve á ese mecanismo, y es, como éste, ma-

temática. Todo en ella es sobrio, exacto, sencillez, preciso y correcto. Un faro es una cifra.

En el siglo diecisiete un faro era una especie de penacho de la tierra situado á la orilla del mar. La arquitectura de la torre de un faro era magnífica y extravagante; prodigábanse en ella los balcones, las balaustradas, las torrecillas, etc., etc. Había en ellos mascarones, estatuas, figuras, figurines, muchos adornos é inscripciones. *Pax in bello* decía la del faro de Eddystone. De paso debemos decir que esta declaración de paz no siempre desarmaba al Océano. Winstanley la repitió en otro faro que construyó á sus expensas en un sitio feroz, en Plymouth: cuando concluyó su torre metióse en ella é hizo que la probase la borrasca, pero ésta llegó y arrastró consigo al faro y á Winstanley. Esas construcciones excesivas ofrecían por todas partes presa á las tempestades, como los generales temerarios que en las batallas presentan sus cuerpos. Además de los caprichos de piedra, ostentaban los antiguos faros fantasías de hierro, de madera y de cobre; el faro de los Casquets no era de los de esta clase.

Era en la época de esta historia un faro sencillo, antiguo y bárbaro, tal como Enrique I lo mandó construir después de perder la *Blanche-Nef*; era una hoguera ardiendo bajo una reja de hierro en lo alto de una roca; una brasa en unas parrillas y una cabellera de llama en el viento.

La única modificación que dicho faro sufrió desde el siglo doce fué la de una mancha de fragua puesta en movimiento por unas llamas de piedra, que se ajustó á la caja de fuego en 1610.

En los faros antiguos las aventuras de las aves marítimas eran más trágicas que en los faros de la actualidad. Las aves corrían hacia ellos atraídas por la claridad y caían precipitadas en el brasero, en el que se las veía saltar como espíritus negros que agonizasen en ese infierno, y algunas veces iban á caer fuera de la jaula roja, sobre las rocas, humeantes, cojas y ciegas, como caen fuera de la llama de la lámpara las moscas medio quemadas.

Para el barco que maniobra provisto de todo lo necesario para navegar y que dirige un piloto, el faro de los Casquets es

útil. Grita:—¡Cuidado!—y advierte el peligro. Para el navío desamparado ese faro es inútil; el casco paralizado é inerte no hace resistencia á las olas monstruosas, ni puede defenderse de la presión del viento, y es pez sin aletas y pájaro sin alas, que únicamente va adonde el viento lo arrastra. El faro sólo le enseña su última morada é ilumina el sitio de su desaparición; es la antorcha de su sepulcro.

Alumbrar la caída segura y advertir lo inevitable, es la más trágica de las ironías.

XII

EL ESCOLLO

Los desgraciados naufragos de la *Matutina* comprendieron en seguida esa misteriosa irrisión. La aparición del faro les causó alegría en el primer momento, pero luego les aplastó. No podían hacer ni intentar nada. El Noroeste dirigía la urca hacia los Casquets; iban hacia allí sin poderlo evitar; llegaría para ellos rápidamente el momento de chocar contra la cadena de rocas. Si hubieran podido mojar útilmente la sonda, les hubiera probado que sólo tenían tres ó cuatro brazas de fondo. Los naufragos oían los sordos mugidos de las olas al sumirse en las aberturas submarinas de las rocas. Divisaban debajo del faro, como una tajada oscura entre dos láminas de granito, el paso estrecho de la terrible sima, que comprendían que estaba llena de esqueletos de hombres y de armazones de navíos; era una boca de antro, más que una entrada de puerto. Oían chisporrotear la hoguera en su receptáculo de hierro; fiero color de púrpura iluminaba la tempestad: el encuentro de la llama y del granizo ensuciaba la bruma; la nube negra y el humo rojo combatían, como serpiente contra serpiente; brasas arrancadas volaban por los aires y los copos de nieve parecían huir de este brusco ataque de chispas. Los escollos, confusos al principio, se dibujaban ahora con claridad; se veía confusión de

rocas, con picos, crestas y vértebras; sus ángulos modelábanse por vivas líneas rojas y sus planos inclinados por sangrientas insinuaciones de claridad. A medida que avanzaban, el relieve del escollo era más siniestro, aumentaba y subía.

Una de las mujeres, la irlandesa, pasaba con rapidez las cuentas del rosario.

A falta de patrón, que era el piloto, quedaba el jefe, que era el capitán. Los vascos conocen todos la montaña y el mar; son osados ante el precipicio é inventivos en las catástrofes.

Iban ya á dar contra el escollo; estaban tan cerca de la inmensa roca de los Casquets, que ésta eclipsó de improviso el faro, y no vieron más que ella y un resplandor detrás. Esta gran roca, de pie y entre la bruma, parecía una inmensa mujer negra peinada con fuego.

Esta roca se llamaba el Biblet: ella sostiene al Septentrion el escollo que otra, llamada Etacq-aux-Guilnets, sostiene al Mediodía.

El jefe de la partida, observando el Biblet, exclamó:

—Todo hombre de buena voluntad puede llevar un cable pequeño al escollo. ¿Hay aquí alguno que sepa nadar?

Nadie contestó.

Nadie de los que se hallaban á bordo sabía nadar, ni aun los marineros, ignorancia bastante frecuente en la gente de mar.

Un burel, casi desatado de sus ligaduras, oscilaba entre los tablones que cubren las costillas del navío: el jefe lo cogió con las dos manos y dijo:

—Ayudadme.

Desprendieron el burel y lo tuvieron en disposición de hacer de él lo que quisieran: de arma defensiva lo trocaron en arma ofensiva.

Era este burel una larga viga de corazón de encina sana y fuerte, y que podía servir de instrumento para el ataque y de punto de apoyo, palanca contra un fardo, ariete contra una torre.

—¡En guardia!—exclamó el jefe.

Entonces se pusieron seis hombres junto al pedazo que quedó del mástil, sosteniendo el burel horizontalmente fuera de á bordo y recto como una lanza ante el escollo.

Esta maniobra era peligrosa; dar un tre-

mendo golpe á la montaña era una osadía, porque el contragolpe podía arrojar al agua á los seis hombres.

Varias son las luchas que hay que empeñar con las tempestades. Tras la de la ráfaga la del escollo, tras la del viento la del granito; hay que combatir con lo intangible y con lo inquebrantable. Hay en estas luchas minutos en los que el cabello encanece.

Iban á abordarse el escollo y el navío.

La roca es paciente y esperaba.

De improviso acometió á la urca una ola desordenada y puso fin á la espera: cogió al navío por debajo y lo levantó y lo balanceó un instante, como la honda balancea el proyectil.

—¡Firmes!—gritó el jefe:—¡eso sólo es una roca y nosotros somos hombres!

La viga estaba ya á punto de dispararse; los seis hombres confundíanse con ella; las clavijas puntiagudas del burel les lastimaban los sobacos, pero estos hombres no lo sentían.

La ola lanzó á la urca contra la roca.

El choque se verificó; verificóse bajo la informe nube de espuma que oculta siempre estas peripecias.

Cuando esa nube cayó en el mar, cuando se hizo el descarte entre la ola y la roca, los seis hombres rodaban en el puente, pero la *Matutina* corría lejos del escollo. La viga había cumplido su misión y desvió al buque. En pocos segundos desapareció la ola del barco y los Casquets viéronse ya en pos de él. Por aquel instante la *Matutina* se había salvado del peligro inminente.

Esto ocurre alguna vez. Un golpe recto de bauprés en las rocas salvó á Wood el Largo en la embocadura de Tay. En los abruptos parajes del cabo Winterton y bajo el mando del capitán Hamilton, por una maniobra del ariete, parecida á ésta, contra la temible roca Brannoduum, escapó del naufragio la *Royale-Marie*, que era una fragata como son las de Escocia.

En poder pasar de la secante á la tangente estriba el secreto de evitar el naufragio, y éste es el servicio que el burel había hecho al navío; hizo el oficio de remo y había servido de timón; pero esta maniobra libertadora no podía repetirse, pues la viga había caído al mar. La duración del choque la hizo saltar de las manos de

los hombres por encima del barco y se sumergió entre las olas: quitarle otra como aquella sería dislocar los miembros de la nave.

El huracán arrastró á la *Matutina* y muy pronto los Casquets parecieron á lo lejos un embarazo inútil. Nada ofrece un aspecto tan desconcertado como el escollo en tal ocasión. Existen en la Naturaleza, por el lado de lo desconocido, en el que lo visible se complica con lo invisible, agrios é inmóviles delineamientos que parecen indignar á la presa escapada. Así le parecieron los Casquets á la *Matutina* en tanto huía de ellos.

El faro, retrocediendo á su vista, palideció, perdió casi la luz y luego se borró. Esta extinción fué silenciosa; la densidad de la bruma se sobrepuso á su resplandor, ya difuso; su brillo se dibujó en la inmensidad mojada; la llama flotó, luchó, se hundió y perdió la forma; parecía que se hubiese ahogado. El brasero se trocó en pábilo y sólo fué ya agitación descolorida y vaga; en torno suyo se prolongaba un círculo de claridad extravasada, cual si la luz se hubiera estrellado en el fondo de la noche.

La campana, que era una amenaza, había enmudecido; el faro, que era también otra amenaza, se había desvanecido, y, sin embargo, cuando desaparecieron ambas amenazas, fué la situación más terrible para los naufragos: perdieron la voz y la llama, que tenían algo de humano, y se quedaron solos con el abismo.

XIII

CARA Á CARA ANTE LA NOCHE

La urca se halló en la obscuridad incommensurable.

La *Matutina*, en cuanto escapó de los Casquets, descendía de ola en ola, teniendo por plazo el caos. Lanzada de través por el viento, manejada por las mil tracciones de las ondas, repercutía todas las locas oscilaciones de éstas. No tenía ya casi cabezada, signo temible de la agonía del bar-

co: la cabezada es la convulsión de la lucha. El timón sólo puede tomar el viento recto.

En la tormenta, y sobre todo en el meteoro de nieve, el mar y la noche acaban por fundirse y amalgamarse y por echar un solo humo. La urca navegaba entre la bruma y el torbellino, resbalando en todos los sentidos, sin punto alguno de apoyo, sin momento de tregua y sin horizonte perceptible.

Librarse de los Casquets, evitar el escollo, fué una victoria para los naufragos, pero que les dió estupor. No prorrumpieron en hurras, porque en el mar no se deben cometer dos veces tales imprudencias, que es arriesgado lanzar una provocación en donde no se puede arrojar la sonda.

Rechazar el escollo era haber hecho lo imposible, y quedaron petrificados. Poco á poco, no obstante, se iban atreviendo á esperar, que tales son los insumergibles espejismos del alma. No hay agonía que en el momento más crítico no vea blanquear en sus profundidades la inexpresable aurora de la esperanza. Esos desgraciados únicamente deseaban poder creer que se habían salvado.

Una mole formidable se entrevió de pronto en medio de la profunda obscuridad de la noche. Surgió á babor, se dibujó y destacóse sobre el fondo de bruma una vasta masa opaca y vertical, con ángulos rectos, una torre cuadrada del abismo. Los naufragos la miraron con estupor. La ráfaga los puso encima de ella.

Ignoraban qué era aquella torre.
Era la roca Ortach.

XIV

ORTACH

Por segunda vez hallaban un escollo; después de los Casquets, Ortach.

La tempestad no es artista, es brutal y todopoderosa, y jamás varía sus medios.

La obscuridad no se agota; nunca ter-

mina sus tramas y sus perfidias. El hombre llega pronto á la extremidad de sus recursos; el hombre los agota, pero el abismo no.

Los naufragos volviéronse hacia su jefe, que era su única esperanza. El jefe levantó los hombros, sombrío desdén de la impotencia.

Un empedrado en medio del Océano es la roca Ortach: es un escollo de una sola pieza, que está más alto que el choque contrario de las olas, y asciende hasta ochenta pies de elevación. Las olas y los navíos se estrellan contra él. Cubo inmutable, hunde á pico sus flancos rectilíneos en las innumerables curvas serpenteantes del mar.

De noche se asemeja á un tajo enorme colocado en los pliegues de un gran paño negro; durante la tormenta espera el hachazo, que es el trueno; pero éste no existe en la tromba de nieve. El barco, á pesar de esto, lleva los ojos vendados y todas las tinieblas desátanse contra él; está dispuesto como un sentenciado y no puede esperar el rayo, que es un final rápido, porque sabe que no ha de caer.

La *Matutina*, que ya sólo era un encallamiento flotante, se fué hacia dicha roca, como si hubiera ido hacia cualquiera parte. Los desgraciados, que un momento se creyeron en salvo, volvieron á entrar en la agonía. El naufragio, que dejaron en pos de ellos, se les aparecía delante. El escollo sobresalía del fondo del mar.

Los Casquets son un barquillero de mil compartimientos y Ortach es una muralla; naufragar en los Casquets es hacerse pedazos; naufragar en Ortach es ser pulverizados.

Tenían, no obstante, remota esperanza de salvación.

A los frentes rectos, y Ortach es uno de ellos, la ola, igual que la bala, no llega por medio de rodeos, y suele no producir daño. Es el flujo y después el refluo. En tales casos, la cuestión de vida ó muerte se plantea de este modo: si la ola lanza el buque hasta la roca y lo rompe en ella, es perdido; si la ola retrocede antes que el barco toque en las rocas, lo separa de ellas y se salva.

En medio de dolorosa ansiedad, los naufragos percibían en la penumbra la ola suprema llegar hasta ellos. ¿Hasta dónde los

arrastraría? Si la ola rompía el barco, rodarian hasta la roca y todo se habría perdido; si pasase por debajo...

La ola pasó por bajo del navío... los naufragos respiraron.

¿Pero qué vuelta tendría? ¿Qué haría de ellos la resaca?

La resaca los arrastró.

Algunos minutos más tarde, la *Matutina* estaba fuera de las aguas del escollo. Ortach se borró detrás de ellos, como antes se habían desvanecido los Casquets. Conseguió la segunda victoria; por la segunda vez la urca, que tocaba ya el borde del naufragio, retrocedió á tiempo.

XV

PORTENTOSUM MARE

Entretanto, espesísima bruma cegaba á los naufragos sin rumbo. No sabían dónde se hallaban; nada veían alrededor de la urca. A pesar de la lluvia de granizo, que los obligaba á bajar la cabeza, las mujeres insistían en no refugiarse en la cala. No hay ningún desesperado que no quiera naufragar sin ver el cielo; el que se halla tan cerca de la muerte, cree que un techo encima de él es un principio de ataúd.

Las olas, cada vez más hinchadas, eran más cortas; esta hinchazón denota opresión; en tiempo de niebla ciertos rodetes del agua señalan un estrecho. Efectivamente, los naufragos costeaban la salida del de Aurigny. Entre Ortach y los Casquets al Poniente y Aurigny al Levante, el mar se estrecha y está como oprimido, y este estado del mar ocasiona locamente el estado de la tempestad.

El mar sufre, y cuando sufre se irrita. Por eso este paso es temible.

La *Matutina* se hallaba en él.

Suponed debajo del agua una gran concha de tortuga, grande como Hyde-Park ó como los Campos Elíseos, de la que cada estria es un bajo-fondo, y de la que cada salida es un escollo. Tal es la parte del Oes-

te del paso de Aurigny. El mar encubre y oculta este aparato para naufragar. Sobre esta concha de tortuga de escollos submarinos, la ola, hecha pedazos, salta arrojando espuma. En tiempos de calma se agita en todos los sentidos; en el de huracán es el caos.

Advirtieron los naufragos esta nueva complicación, sin poder explicársela, pero súbitamente la comprendieron. Pálida claridad se divisó en el cenit; cierta lividez se esparció sobre el mar y desenmascaró á babor una larga barrera de través hacia el Este, hacia el que se arrojaba furiosamente, lanzando el navio ante ella, la ráfaga de viento. Esta barrera era Aurigny. Los naufragos temblaron al divisarla, pero hubieran temblado mucho más si una voz les hubiera dicho que era Aurigny.

No existe isla en el mundo que defienda la entrada del hombre en ella como Aurigny. Tiene bajo y fuera del agua una guardia terrible, cuyo centinela es Ortach. Al Oeste tiene á Burhon, á Santeriaux, Aufoque, Niangle, Foud-du-Croc, las Jumelles, la Grosse, la Clanque, los Egulions, el Vrac y la Fosse-Malière; al Este, Sanquet, Hommeau, Floreau, la Binebetais, la Queslignie, Croquihou, la Fourche, le Sant, Noire Pute, Coupie y Orbné. ¿Qué son todos esos monstruos? ¿Son hidras? Sí; de la familia de los escollos. Uno de ellos llámase el Término, como para denotar que todo viaje concluye en él.

Este amontonamiento de escollos, simplificado por el agua y por la noche, se apareció á los naufragos bajo la simple forma de una faja oscura, como una especie de rotura negra del horizonte.

El naufragio es el ideal de la impotencia; es estar junto á la tierra y no poder alcanzarla; es flotar y no poder bogar; sentar el pie sobre algo que parece sólido y que es frágil; estar lleno de vida y lleno de muerte á la vez; ser prisionero de las inmensidades; estar amurallado entre el cielo y el Océano; tener encima al infinito, como un calabozo; tener en derredor la inmensa evasión de los vientos y de las ondas; estar sujeto, agarrado y paralizado; este exceso de fatiga nos atonta y nos indigna. Creemos escuchar cómo se mofa de nosotros el combatiente inaccesible. Lo que os retiene es lo que deja en libertad á

los pájaros y á los peces; parece nada y es todo. Dependemos del aire que turbamos con nuestro soplo, y del agua que cogemos con el hueco de la mano. Extraed un vaso de agua de esa plena tempestad, y sacaréis algo amargo; un sorbo es una náusea, una ola una exterminación. El grano de arena en el desierto, el copo de espuma en el Océano, son manifestaciones vertiginosas; el Todopoderoso no se cuida de ocultar el átomo que constituye la debilidad fuerte, que llena con su todo la nada, y con lo infinitamente pequeño os estrella lo infinitamente grande. Con sus gotas el Océano os pulveriza y sois su juguete.

La *Matutina* se hallaba hacia la parte alta de Aurigny, lo que le era favorable, pero se inclinaba hacia la punta del Norte, lo que le era fatal. El viento de Noroeste, como un arco tenso que hace saltar la flecha, lanzaba al navio hacia el cabo septentrional. Hay en esta punta, un poco más acá del Havre de los Corbelets, lo que los marinos del archipiélago normando llaman *un mono*.

El mono (*swinge*) es una corriente impetuosa. Un rosario de embudos en el bajo-fondo produce en las olas un rosario de torbellinos. Cuando uno os deja otro os coge. El navio que se engulle el mono rueda así, de espiral en espiral, hasta que una roca aguda le abre el casco: entonces la embarcación, reventada, se detiene; la parte de detrás sale de las olas, la de delante se hunde; la sima acaba de dar la vuelta, la popa se sumerge, y todo se cierra sobre el navio. Una laguna de espuma se extiende y flota, y ya sólo se ven en la superficie de la ola algunas burbujas aquí y allá, producidas por las respiraciones que se ahogan debajo del agua.

En el mar de la Mancha, los tres monos más peligrosos, son: el que se halla inmediato al famoso banco de arena Girdler Sands, el mono que está en Jersey, entre el Pignonnet y la punta de Noirmont, y el mono de Aurigny.

Un piloto local, que hubiese estado á bordo de la *Matutina*, habría advertido á los naufragos el nuevo peligro. Pero á falta de piloto les quedaba el instinto, que en las situaciones supremas posee una segunda vista. Elevadas masas de espuma volaban á lo largo de la costa al impulso frenético del

viento. Era que escupía el mono. Innumerales barcas sucumbieron en esta emboscada: sin saber lo que era, se acercaban con horror.

No había medio de doblar ese cabo. Así como los naufragos vieron elevarse los Casquets, después Ortach, ahora veían cómo surgía la punta de Aurigny, toda de roca viva. Era para ellos semejante á la aparición de un gigante tras otro gigante, era para ellos una serie de desafíos espantosos.

Los escollos de Scila y Caribdis eran dos; los Casquets, Ortach y Aurigny son tres.

El fenómeno de invadir el escollo al horizonte reproducíase con la monotonía grandiosa del abismo. Las batallas del Océano, como los combates de Homero, tienen esta sublime repetición.

Cada ola, á medida que los naufragos se acercaban, añadía veinte codos al cabo, acrecentado espantosamente en medio de la bruma. La brevedad de los intervalos parecía cada vez más irremediable; estaban ya en los confines del mono; en cuanto llegasen á los bordes, serían arrastrados: una ola más que los lanzase, y todo habría concluido para ellos.

De improviso la urca fué arrojada hacia atrás, como empujada por una mano de titán. La ola se empinó sobre el barco, y le volvió del otro lado, rechazando al navio con su cabellera de espuma. La *Matutina*, arrastrada por esta impulsión, se separó de Aurigny.

Pronto estuvo lejos de él: ¿de dónde recibió este socorro? Del viento. El soplo del huracán había cambiado.

Las olas habían jugado con los naufragos, y ahora tocábale jugar al viento; ellos se libraron de los Casquets, de Ortach les libró la ola y de Aurigny el viento. Saltó bruscamente del Septentrion al Mediodía. El Suroeste habla seguido al Noroeste.

La corriente, esto es, el viento en el agua; el viento, esto es, la corriente en el aire; estas dos fuerzas acababan de contrariarse, y el viento tuvo el capricho de arrancar la presa á la corriente.

Estos movimientos repentinos del Océano son muy oscuros; constituyen el perpetuo quizá; cuando se está á la merced de

ellos, no se puede esperar ni desesperar; dan chascos. El Océano se divierte. Todos los matices de la ferocidad salvaje se hallan en el mar inmenso y disimulado. Juan Bart dábase el calificativo de «La gran bestia». Algunas veces el mar concluye pronto el naufragio; otras le trabaja cuidadosamente, como si lo acariciase. El mar se toma tiempo, y los agonizantes lo comprenden. En otros casos el retardo en el suplicio indica la salvación, pero estos casos son muy raros; los agonizantes, sin embargo, creen en ella fácilmente; la menor disminución de las amenazas del huracán les basta; se aseguran unos á otros que están fuera de peligro; después de creerse enterrados, toman acta de su resurrección, y aceptan febricitantes lo que no poseen aún; se han agotado ya todos los reverses que podían sufrir, y se declaran satisfechos y salvos, porque así lo quiere Dios. No hay que apresurarse en extender tales recibos á lo desconocido.

El Sudeste comenzó por el torbellino. Los naufragos sólo tenían auxiliares extraordinarios. La *Matutina* vióse arrastrada á lo largo por lo que le quedaba de bastimento, como una muerta por los cabellos, á semejanza de las libertades otorgadas por Tiberio á cambio de la violación. El viento brutalizaba á los que salvó, y con furor les hacía este servicio; fueron socorridos sin compasión.

El navio, con las violencias de su libertador, acabó de dislocarse. Piedras gruesas de granizo acribillaban su casco, y á cada fuerte sacudida de las olas rodaban sobre el puente como bolas de billar. La urca, casi entre dos aguas, perdía la forma, aco-saba por la caída de las olas y de la espuma sobre ella. En el navio cada uno pensaba sólo en sí mismo. Se acurrucaba el que podía. Pasado cada golpe de mar, se asombraban de encontrarse todos allí. Algunos tenían la cara desgarrada por las astillas que saltaban.

Afortunadamente la desesperación tiene los puños sólidos; la mano de un niño aprieta como la de un gigante cuando se halla en esta situación; la agonía hace un instrumento de hierro de los dedos de una mujer. Una doncella que tenga pavor, clava sus rosadas uñas en el hierro. Se colga-

ban, se agarraban y se sostenían, pero figurándose que cada ola les iba á barrer. Pronto habían de salir de este cuidado.

XVI

EXPLICACIÓN DESCONSOLADORA DEL ENIGMA

El huracán había cesado. No reinaba ya Suroeste ni Nordeste; los furiosos clarines del espacio enmudecieron. La tromba salió del cielo sin disminución anterior, sin transición, como si se hubiera resbalado á pico hasta el abismo. No se supo ya donde estaba. Al granizo siguieron los copos. La nieve comenzó á caer lentamente. Las olas se empequeñecieron, el mar se apaciguó.

Estas repentinas cesaciones son propias de las tempestades de nieve. Cuando se agota el effluvio eléctrico, todo se tranquiliza, hasta la ola, que en las tormentas ordinarias conserva frecuentemente larga agitación. En éstas no; no se prolongó su cólera. Como el trabajador después de la fatiga, las ondas adormecieron en seguida, lo que casi desmiente las leyes de la estática, pero que no causa asombro á los antiguos pilotos, porque éstos saben que todo lo inesperado existe en el mar.

Este fenómeno acontece, aunque pocas veces, en las tempestades ordinarias. Por ejemplo, en nuestros días, en el memorable huracán del 27 de julio de 1867, en Jersey, después de catorce horas de furioso viento, quedó de improviso en calma completa.

Al cabo de algunos minutos la urca sólo tuvo en torno suyo aguas dormidas; al mismo tiempo — porque la última fase se parece á la primera, — no distinguía nada. Todo lo que era perceptible durante las convulsiones de las nubes meteóricas, quedó turbado; los contornos pálidos se fundieron en desleídas difusas, y la obscuri-

dad del infinito aproximóse por todas partes al navío. Esa muralla de la noche, esa reclusión circular, ese estar dentro del cilindro, cuyo diámetro decrecía de minuto en minuto, envolvía á la *Matutina*, y con lentitud siniestra se empequeñecía formidablemente. En el cenit sólo se veía una cubierta de bruma, una cerrazón. La urca se hallaba como en el fondo de un pozo del abismo.

En ese pozo había una laguna de plomo líquido, que era el mar. Inmovilidad taciturna. El Océano nunca es tan feroz como cuando parece estanque.

Todo estaba silencioso, tranquilo, ciego.

El puente de la urca estaba horizontal, con declives insensibles; algunas dislocaciones se movían débilmente. El casco de granada que les servía de fanal, y en el que ardían estopas alquitranadas, no oscilaba ya en el bauprés y no arrojaba ya gotas inflamadas al mar. Lo que quedaba del soplo del viento en las nubes, no hacía ruido. La nieve caía espesa, blanda, y apenas oblicua. No se oía chocar la espuma en escollo alguno. Reinaba la paz de las tinieblas.

Este reposo, después de las exasperaciones y los paroxismos, proporcionó á los desgraciados inenarrable bienestar. Les parecía que les acababan de sacar de sufrir el tormento. Les parecía entrever á su alrededor y encima de ellos como el consentimiento de salvarles, y volvieron á tener esperanza. Todo lo que antes estaba furioso, ahora estaba apaciguado, y creían que la paz estaba ya firmada. Los pechos de los naufragos se dilataron. Podían desasirse del cabo de la cuerda ó la plancha á que estaban sujetos, levantarse, enderezarse, permanecer de pie, andar y moverse. Sentían agradable calma. En la profundidad obscura de esos efectos de bienestar existe la preparación para diferente cosa. Ciertamente ya no los combatía la ráfaga, ni la espuma, ni los vientos, ni las olas; se hallaban libres de tales enemigos.

Tenía de allí en adelante todas las probabilidades en favor suyo. Dentro de tres ó cuatro horas amanecería, les divisaría algún navío que pasase, y les recogería. Habían pasado ya lo más peligroso, y podían volver á vivir. Lo importante era haber conseguido sostenerse en el barco hasta que terminase la tempestad. Se decían unos á otros: — Por esta vez esto ha terminado.

De repente advirtieron que, en efecto, había terminado.

Uno de los marineros, el vasco del Norte, que se llamaba Galdeazun, descendió para buscar un cable á la cala, y volvió á subir inmediatamente, exclamando:

—La cala está llena.

—¿De qué? — interrogó el jefe de la partida.

—De agua—contestó el marinero.

El jefe replicó:

—¿Y eso qué importa?

—Importa — respondió Galdeazun, — porque dentro de media hora vamos á zozobrar.

—No tenemos bomba—repuso Galdeazun.

—Entonces—replicó el jefe,—es preciso ganar tierra.

—¿Dónde está la tierra?

—No lo sé.

—Yo tampoco.

—Pero está en alguna parte.

—Eso sí.

—Que nos conduzca á ella alguno.

—No tenemos ya piloto—dijo Galdeazun.

—Cógete tú a la barra.

—Tampoco tenemos ya barra.

—Barreemos una de cualquier viga. Vengan clavos y un martillo. Traed las herramientas.

—El tonel de la carpintería está en el mar. No tenemos útiles.

—Navegaremos, sea como sea.

—Hemos perdido también el timón.

—¿Y la canoa? Metámonos en ella y rememos.

—Tampoco tenemos canoa.

—Remaremos sobre el esqueleto de la urca.

—Carecemos de remos.

—Extendamos las velas.

—No hay ya velas, ni siquiera mástil.

—Hagamos un mástil de un burel, hagamos una vela de un pedazo cualquiera de tela alquitranada. Salgamos de este peligro confiándonos al viento.

—Ni eso podemos, porque no hay viento tampoco.

Efectivamente, el viento había cesado. La tempestad desapareció, y su partida, que ellos creyeron que era su salvación, era su pérdida. Continuando al Suroeste, los hubiera enfilado con furia á cualquier costa, cuya velocidad les hubiera llevado quizá á un banco de arena propicio, y les hubiera hecho caer en él antes de que el agujero abierto en la quilla hiciera sumergir el navío. El arrastre rápido del huracán quizá les hubiera hecho llegar á tierra, y esto no podían esperarlo sin tener viento. Morían por la ausencia del huracán. Había llegado para ellos la situación suprema.

El viento, el granizo, la tempestad y el torbellino son combatientes desordenados que se pueden vencer. La borrasca puede ser burlada por defecto de la armadura,

XVII

RECURSO POSTRERO

A la urca se le había abierto una grieta en la quilla, por donde penetraba agua. ¿Cuándo se hizo esta grieta? Nadie lo sabía. ¿Fue al acercarse á los Casquets? ¿Fue delante de Ortach? ¿Fue en el bajo fondo de Aurigny? Lo probable es que se abriese al chocar en el mono, porque allí recibió el barco un golpe, y los naufragos no advirtieron cosa alguna, arrastrados por la convulsión de la sacudida que recibieron. El enfermo del tétano no siente una picadura.

El otro marinero, el vasco del Sur, que se llamaba Ave-María, bajó á su vez á la cala, y cuando volvió á ascender, dijo:

—El agua que hay en la quilla tiene dos varas de altura. Antes de cuarenta minutos nos vamos á sumergir en el fondo.

No podían divisar dónde estaba la grieta, porque la cantidad de agua que llenaba la cala ocultaba esta herida, pero la embarcación tenía un agujero en el vientre, en alguna parte, y era imposible saber en cuál, é imposible también taparlo. Tenía una llaga y no podían cauterizarla. A pesar de esto, el agua no penetraba con gran velocidad.

El jefe gritó:

—Es necesario sacar agua con la bomba.

porque siempre hay recursos contra la violencia que se descubre incesantemente, que se mueve traidoramente, y que hiere con frecuencia por el costado. Pero nada puede hacerse contra la calma; ésta no ofrece ni relieve para poder asirse de él.

Los vientos se entregan á un ataque de cosacos; si se les hace frente, pueden dispersarse, pero la calma es la tenaza del verdugo.

El agua, sin prisa, pero sin cesación, irresistible y pesada, subía en la cala, y á medida que subía, el navío bajaba. Los naufragos de la *Matutina* comprendían que iban á ser víctimas de la más desesperada de las catástrofes, de la catástrofe inerte; comprendían la certidumbre tranquila y terrible del hecho inconsciente. El aire no oscilaba, el mar no se movía. Lo inmóvil es inexorable. El engullamiento les sorbía en silencio. A través del espesor del agua muda, sin cólera, sin pasión, sin querer, sin saberlo, sin interés alguno, el fatal centro del globo los atraía, el horror al reposo se les amalgamaba. Sentían bajar á una profundidad apacible, que era la muerte. La cantidad de borde que el navío tenía encima del agua amenguaba, y á cada minuto podía calcularse cuándo desaparecería por completo dicho borde; les sucedía lo contrario que sucede en la marea ascendente; el agua no subía hasta ellos, ellos bajaban hasta ella; ellos mismos se cavaban su tumba y les enterraba su peso: les ejecutaba, no la ley de los hombres, sino la ley de las cosas.

La nieve caía, y como el navío no se movía, la espesa y blanca lluvia de la nieve formaba una sábana sobre el puente y cubría el barco como un sudario.

La cala cada vez pesaba más; nada tenían servible para agotar el manante conducto de la quilla, y además su empleo hubiera sido ilusorio é impracticable; la urca llevaba el castillo de popa con cubierta, como dijimos. Iluminaron el barco, encendiendo tres ó cuatro antorchas, que clavaron en agujeros, como pudieron. Galdeazun trajo algunos cubos de cuero con la idea de ver si podían estancar y vaciar el agua de la cala, pero los cubos estaban inservibles; unos descosidos, otros deshechos, algunos tenían el fondo hecho pedazos; así es que no los pudieron utili-

zar. Era además irrisoria la cantidad de agua que penetraba comparada con la que se pudiese hacer salir; entraba un tonel de agua y salía un vaso.

Al ver esto, exclamó el jefe:

—¡Aligeremos el barco!

Durante la borrasca habían amarrado algunos cofres que estaban sobre el puente, y continuaban atados al pedazo del mástil. Deshicieron las amarras, y arrojaron los cofres al agua: una de esas baltas pertenecía á la mujer vascongada, y al verla caer en el mar, no pudo reprimir un suspiro, y exclamó:

—¡Oh, mi capa nueva, forrada de escaleta! ¡Mis medias finas! ¡Mis arracadas de plata para ir al Mes de María!

Desembarazóse el puente y después le tocó el turno á la cala, que estaba muy llena. Contenía los bagajes de los pasajeros y los fardos de los marinos: cogieron unos y otros y los echaron también al Océano.

Acabaron de vaciar la cala, sacando de ella todos los demás objetos que encerraba; la linterna, los barriles y la marmita con la sopa fueron á parar á las olas. En una palabra, echaron al mar, además de los objetos, todo cuanto pudieron arrancar de peso del bastimento.

De vez en cuando el jefe de la partida tomaba una antorcha, y paseándola por las cifras pintadas en la delantera del navío, observaba desde allí dónde sería el sitio de su naufragio.

XVIII

RECURSO SUPREMO

El barco, aligerado, sumergíase algo menos, pero se sumergía.

La desesperación de los naufragos, ante semejante situación, no admitía paliativos ni recurso alguno, habiendo ya agotado el último.

—¿Queda algo más que arrojar á las olas?—interrogó el jefe.

El doctor, personaje en el que nadie pensaba, saliendo de la cala, respondió:

—Sí.

—¿Qué queda por echar?

—Nuestro crimen.

Todos se estremecieron, y todos contestaron:

—Amén.

El doctor, pálido y de pie, designando con el dedo el cielo, exclamó:

—¡De rodillas!

Todos le obedecieron maquinalmente.

—Arrojemos al mar nuestros delitos; pesan sobre nosotros, y ellos son los que hundén el navío. Pensemos en nuestra salvación eterna. Nuestro último crimen, el que acabamos de perpetrar, ó por mejor decir, de completar, nos oprime. Es impía insolencia tentar al abismo cuando se deja detrás la intención de un asesinato; lo que se hace contra un niño se hace contra Dios. Era necesario embarcarnos, ya lo sé, pero esto fué correr á una perdición cierta. Las tinieblas participaron lo que hicimos á la tempestad, y ésta se lanzó sobre nosotros. Hizo bien. No echéis nada de menos. Existen, no lejos de nosotros, las arenas de Vauville y el cabo de la Hougue, que pertenecen á la Francia. Sólo existe un probable refugio para nosotros en España, porque Francia no es tan peligrosa como Inglaterra. Al salvarnos del mar hubiéramos caído en la horca. Era menester elegir entre ahogarnos ó ser ahorcados: Dios ha elegido por nosotros. Démosle las gracias, porque nos otorga la muerte que lava. Era esto inevitable. Pensad que está reciente el haber hecho lo posible por enviar allá arriba un niño, y que tal vez en este momento en que os hablo, se cierne sobre nuestras cabezas un alma que nos acusa ante un Juez que nos mira. Aprovechemos el plazo supremo. Esforcémonos, si posible es, en reparar en lo que dependa de nosotros el mal que ejecutamos. Si el niño nos sobrevive, socorrámosle; si muere, que nos perdone. Desembaracémonos de este crimen, descarguemos la conciencia de este peso. Tratemos de que ante Dios no sean sorbidas nuestras almas, porque ese es el naufragio más terrible. Los cuerpos son pasto de los peces, pero las almas, de los demonios. ¡Que Dios tenga piedad de nosotros! El arrepentimiento es un bu-

que que nunca se va á pique. ¿Decís que no tenéis brújula? Eso es un error, porque debe ser vuestra brújula la oración.

Los lobos trocáronse en corderos. Semejantes transformaciones se operan en la agonía; en ella sucede que los tigres lamen el crucifijo. Cuando la puerta sombría se entreabre, creer es difícil, pero no creer es imposible. Por imperfectos que sean los diferentes bosquejos de religiones adoptados por el hombre, hasta cuando la creencia es informe, hasta cuando el contorno del dogma no se acopla bien á los lineamientos de la eternidad columbrada, hay siempre un estremecimiento del alma en el minuto supremo. Algo empieza después de la vida, que hace presión en la agonía.

La agonía es un plazo, y en ella sentimos en nosotros la responsabilidad difusa; lo que fué complica lo que será. El pasado vuelve y entra en el porvenir. Lo conocido conviértese en abismo como lo desconocido, y estos dos principios, el uno que comprende las faltas y el otro la esperanza, mezclan su reverberación; la confusión de estos dos abismos espanta al moribundo.

Los naufragos habían ya agotado la última esperanza de la vida, por eso miraban al Cielo; únicamente podían confiar ya en esa sombra. Al comprenderlo tuvieron un deslumbramiento lúgubre, al que sucedió una recaída de horror. Lo que se comprende en la agonía, se asemeja á lo que se percibe en el relámpago. Todo y después nada. Se ve y ya no se ve. Después de la muerte se volverán á abrir los ojos, y lo que fué un relámpago se trocará en un sol.

Los naufragos se volvieron hacia el doctor, diciéndole:

—A ti, á ti sólo obedeceremos... ¿qué hemos de hacer?... habla...

El viejo contestó:

—Se trata de pasar por encima del precipicio desconocido, y de alcanzar el otro límite de la vida que se halla más allá de la tumba. Siendo yo el que sé más, estoy más en peligro que vosotros, y hacéis bien de dejar la elección al que lleva la carga más pesada. La ciencia pesa sobre la conciencia.

Después de una breve pausa, interrogó:

—¿Cuánto tiempo nos queda?

—Poco más de un cuarto de hora—repuso Galdeazun.

El doctor sacó del bolsillo el tintero y la pluma, de la cartera extrajo un pergamino, el pergamino en cuyo reverso escribió algunas horas antes unas veinte líneas estrechas y tortuosas.

—Aproximadme esa antorcha—dijo.

La nieve, cayendo como la espuma de una catarata, había apagado las antorchas una tras otra, dejando únicamente una encendida. Ave-María la arrancó del agujero y se colocó de pie al lado del doctor, alumbrándole.

El doctor se guardó la cartera en el bolsillo, dejó el tintero en el suelo, desplegó el pergamino, y exclamó:

—Escuchad.

Entonces, en medio del mar, sobre los restos de la *Matutina*, principió con gravedad una lectura que la obscuridad parecía que escuchaba. Todos los náufragos bajaban la cabeza en derredor del anciano; el reflejo de la antorcha aumentaba la palidez de sus rostros. Lo que el doctor leía estaba escrito en inglés. Por intervalos, cuando alguna de las miradas daba á entender no haber entendido lo que se leía, el doctor repetía en francés, en español ó en vascongado el pasaje obscuro. Oíanse sollozos ahogados y sordos golpes de pechos. Los restos de la urca continuaban hundiéndose.

Terminada la lectura, el doctor puso llano el pergamino, tomó la pluma, y en un margen que estaba en blanco en la parte inferior de lo que estaba escrito, firmó:

El doctor Gerhardus Geestemunde.

Después, dirigiéndose á los otros, les dijo:

—Venid y firmad.

La vascongada se aproximó, tomó la pluma y escribió: *Asunción.*

Pasó la pluma á la irlandesa, la que, no sabiendo escribir, hizo una cruz. El doctor puso al lado de ésta: *Bárbara Fermoy*, de la isla de Tyrryl, en las Edndas.

Después dió la pluma al jefe de la partida.

El jefe escribió: *Gaizdorra, captal.*

El genovés, debajó del jefe, firmó *Giangirase.*

El hijo del Languedoc escribió *Jacobo Quatorze*, llamado el *Narbonés.*

El provenzal firmó *Luc-Pierre Capgaroupe*, del presidio de Mahón.

Al pie de las firmas, el doctor escribió esta nota:

«De los tres hombres de la tripulación (habiendo sido arrebatado el patrón por un golpe de mar), únicamente quedaron dos, que firmaron.»

Los dos marineros trazaron sus nombres bajo la nota. El vasco del Norte firmó *Galdeazun*; el del Sur, *Ave-María, ladrón.*

Después dijo el doctor:

—Capgaroupe.

—Presente—respondió el provenzal.

—¿Conservas la calabaza de Hardquanonne?

—Sí.

—Dámela.

Capgaroupe bebió el último trago de aguardiente que quedaba, y se la dió al doctor.

Los restos de la *Matutina* sumergíanse más cada vez en el mar. Cubría los bordes del puente en plano inclinado una pequeña ola, que iba creciendo.

El doctor secó la tinta de las firmas con la llama de la antorcha, dobló el pergamino en dobleces más pequeños que el diámetro del cuello de una botella, y lo metió en la calabaza.

—El tapón—dijo.

—No sé dónde ha ido á parar—repuso Capgaroupe.

—Aquí tenéis un cabo de jarcia—dijo Jacobo Quatorze.

El doctor le hizo servir de tapón de la calabaza, y exclamó:

—Traedme alquitrán.

Galdeazun, apoyando un apagador de estopa sobre la granada brulote, que estaba extinguiéndose, la descolgó del estrave, y se la trajo al doctor medio llena de alquitrán hirviendo.

—Esto es hecho—exclamó el anciano calvo.

De todos los labios salió, vagamente tartamudeando en todas las lenguas, el lúgubre murmullo de las catacumbas:

—¡Así sea!

—¡Mea culpa!

—Ainsi soit-il.

—¡Aro rail! (1).

—Amén.

Parecía que se percibían dispersarse en las tinieblas las sombrías voces de la torre de Babel, rechazadas por la cólera celeste.

El doctor volvió las espaldas á sus compañeros de crimen y de agonía, y dió algunos pasos hacia las costillas del buque; al llegar al borde de éste contempló el infinito, y exclamó con profundo acento:

—¿Bist du bei mir? (2).

Probablemente hablaba á algún espectro. Los restos de la urca se hundían.

Como el doctor, los demás náufragos pensaban en su salvación eterna. La oración tiene gran fuerza; estaban arrodillados y había algo de involuntario en su contricción. Encorvábanse, como se dobla una vela cuando el viento le falta, y este grupo esquivo adquiría poco á poco, por la junción de las manos y por el abatimiento de las frentes, la actitud, diversa, pero desesperada, de no tener absoluta confianza en Dios. No sé qué venerable reflejo, salido del abismo, se bosquejaba en sus malvados semblantes.

El doctor se aproximó á ellos. Cualquiera que fuese su pasado, era valiente en presencia del sacrificio. La vaga reticencia de lo que le rodeaba preocupábale sin desconcertarle. Sentía en él el horror tranquilo y la majestad de la comprensión de Dios se pintaba en su rostro. Contempló un instante el infinito y el mar, y dijo:

—Ahora vamos á morir.

Luego tomó la antorcha que sostenía aún Ave-María, y la sacudió; después la arrojó á las olas.

Apagada la antorcha, se quedaron sin claridad alguna; no hubo ya para ellos más que la inmensa sombra desconocida, como si la tumba se les cerrase.

El doctor decía:

—Recemos.

Todos se prosternaron, pero esta vez no se arrodillaron ya en la nieve, sino en el agua. Les restaban pocos minutos de vida. Sólo el doctor permanecía en pie. Los copos de nieve, parándose encima de él, llenábanle de lágrimas blancas y le hacían visible sobre el fondo de la obscuridad, cual si fuese la estatua parlante de las tinieblas.

(1) Patois romano.

(2) ¿Estás cerca de mí?

El doctor hizo la señal de la cruz y levantó la voz, mientras que sus pies empuzaban la oscilación casi visible que anuncia el momento en que el barco va á sumergirse.

—*Pater noster qui est in caelis*—exclamó.

El provenzal repitió en francés:

—*Nostre père qui êtes aux cieux.*

La irlandesa repitió en su idioma:

—*Ar nathair ata ar neamh.*

El doctor prosiguió:

—*Sanctificetur nomen tuum.*

—*Que votre nom soit santifié*—contestó el provenzal.

—*Naonahthar haimn*—dijo la irlandesa.

—*Adveniat regnum tuum*—continuó el doctor.

—*Que votre regne arrive*—exclamó el provenzal.

—*Tigeadh do rioghach*—dijo la irlandesa.

A los arrodillados llegábales el agua hasta la espalda.

El doctor repuso:

—*Fiat voluntas tua.*

—*Que votre volonté soit faite*—balbuceó el provenzal.

La irlandesa y la vascongada exhalaban un grito.

—*Deuntar do thil ar au thamb!*

—*Sicut in celo et in terra*—prosiguió el doctor.

Pero no le contestó ya voz alguna.

El doctor bajó los ojos. Sus compañeros todos estaban debajo del agua, se habían dejado ahogar de rodillas.

El doctor asió con la mano derecha la calabaza, y la levantó por encima de la cabeza.

Los restos de la urca se acabaron de sumergir. Al hundirse, el doctor murmuraba el resto de la oración. Su busto estuvo un minuto fuera del agua; después sólo flotaba su cabeza, y por fin únicamente el brazo levantado, que sostenía la calabaza, como enseñándola al infinito.

El brazo desapareció. El mar no presentaba el más ligero pliegue; estaba como un tonel de aceite. La nieve seguía cayendo.

Algo que sobrenadaba deslizábase por la superficie del mar, en medio de la obscuridad: era la alquitránada calabaza, que su armazón de mimbres sostenía.